







J. TORRES GARCIA.—LAS DE MODERNILLO





## EL TÍO DEL VIOLÍN

Que alegría, que animación en la plazuela de Santa Ana, por la tarde!

Al pie de la estatua de Calderón, y bajo los árboles, cuarenta, cincuenta niños, cogidos de las manos cantan formando una ancha rueda y andando de costado.

Y cantan á coro:

Ha visto V. á mi marido,  
 Ha visto V. á mi marido,  
 en la guerra alguna vez!  
 Mi marido es un buen mozo,  
 mi marido es un buen mozo,  
 gentil hombre aragonés!

Y así sigue el romance hasta treinta ó cuarenta versos.

La luz fuerte del sol de mayo, los colores claros de los vestidos infantiles, las amas y niñeras al rededor del corro, con sus delantales blancos y sus cofias de colores, dan al cuadro tono tan pintoresco, que más de una vez me he detenido á contemplarlo y aun me he sentado en un banco, entre un cesante aburrido y uno de esos pobres que se pasan el año, sin haber comido en cuatro días.

Las niñas son incansables. Su repertorio no se acaba nunca; del romance del gentil hombre aragonés,

que en la punta de la lanza  
 lleva un pañuelo *bordís*...

pasan á otros asuntos ó argumentos, que sirvan para que siga el movimiento y el andar á la redonda y de medio lado

Á la limón,  
 Á la limón,  
 que se han roto las fuentes!

y ande la rueda.

Lo notable de aquella reunión es que aquellas niñas antes de empezar sus funciones y su baile pausado y monótono no se conocen. Llegan allí de diferentes calles del barrio, las hijas de la coronela y las niñas del estanquero, las herederas de un título, cuando tengan cuarenta años, y las futuras obreras, que vuelven de la escuela y se detienen á jugar allí. No hace falta presentación ni se necesitan antecedentes de las personas. ¡Todas unas! ¡Quién sabe si aquella que coge por la mano derecha á la *elegante* de ocho años



y por la izquierda á la *burguesa* de seis, será criada de una de ellas dentro de poco tiempo!

Las amas y doncellas las ven jugar ó hablan de pie, con el soldado que sabe á la hora fija á que acuden allí. Lo que hablan no se puede oír, porque el coro de treinta voces es chillón y ahoga todos los ruidos.

Pon, pon, pon,  
pon, pon, pon,  
dinerito  
en el bolsón.  
Las tortitas,  
las tortitas,  
para mi madre  
las más bonitas.  
Aserrín, aserrán  
los maderos de San Juan...

Y en una de estas se presenta — quiero decir, se presentaba — el *tío del violín*, como le llamaron los golfos de la plazuela y las doncellas de las niñas ricas.

Muy viejo, muy andrajoso, con unas melenas muy largas, unas barbas blancas más largas todavía, los pantalones abiertos por las rodillas, y el violín debajo del brazo.

¿Quién era? ¿De donde venía? ¿Era italiano, alemán, ruso? No se sabe; le traía de la mano una niña, y así que le dejaba en el banco, sentado, la niña se ponía democráticamente á jugar con todas las demás.

Podía hacerlo; porque no venía ni sucia ni rota, como el viejecito; no señor, ella traía ropita modesta, pero no parecía mendiga.

— ¡Abuelo, siéntese V. ahí, luego tocará!

Y el corro se aumentaba con una corista más, para la nueva ronda:

Me crió mi madre,  
chiquita y bonita,  
chiquita y bonita  
¡ ay ! ¡ ay ! ¡ ay !

El viejo tosía, tosía, tosía... templaba su violín, y esperaba.

Y así que las niñas estaban hartas de cantar, una niñera solía decir:

— ¡ Ahora, al tío del violín !

Y todo el grupo de chiquillas y amas de cría se ponían enfrente del ex-Sarasate...

— No, hoy no, dijo la nieta un sábado, hoy no toca, que le ha dicho un médico que le da siempre dos perras en la calle del Gato, que hoy no se mueva de un banco, ó que se acueste.

— ¡ Ay que Dios ! ¡ Pues si está malo que no venga ! — dijo una bestia con traje de ama rica.

— Por dinero ya tocará — añadió otra sacando diez céntimos.

— Ea, ande V., eche V. una polka pá las niñas — gritó otra sirvienta, sacando también su perra doble.

— ¡ Que no, que no ! — gritaba la niña.

Y el viejo tosía, tosía, tosía...

— ¡ Anda, *morral* ! ¡ Te dan dinero y aun haces melindres ! — le dijo un tipo asqueroso, colector de colillas, ladrón de noche, ratero de día.

— ¡ Música ! ¡ Música ! — gritaban cuarenta voces infantiles.

— ¿ No quiere tocar ? ¡ Yo quiero que toques ! — decía una encantadora criatura, no en son de amenaza, sino dulcemente, cariñosamente, agarrándose á las piernas del viejo.







— Sí, hija mía, sí, por ti lo haré...

— ¡Ay! ¡que se ha hechao novia! — dijo el colillero, riendo y rascándose el cogote.

Se levantó el anciano, se echó el violín al hombro izquierdo, y con temblorosa mano comenzó á tocar una polka, de esas que repiten hasta la saciedad los pianos de manubrio para que bailen las criadas.

Dos á dos, imitando lo que suelen ver en la calle, las niñas bailaban, atrayendo cada vez más gente, que admiraba aquella encantadora acuarela hecha. Todos se fijaban en las diminutas parejas; en el viejo nadie reparaba.

— ¡Más de prisa! — gritaba una pareja.

— ¡Que te duermes, gachó! — exclamaba un soldado.

— ¡Basta, abuelito! — suplicaba la niña.

Y el abuelo sudando, tosiendo, tocando, vacilante, pudiendo á penas tenerse en pie, continuó su polka un cuarto de hora, media hora, tres cuartos de hora... ¡Ay!... — gritó de pronto. — La mano soltó el arco, la cabeza se inclinó hacia atrás, cayó el cuerpo sobre el duro suelo, haciendo un ruido seco.

Se suspendió el baile. Acudieron las niñas todas á ver qué era aquello, pero las amas y niñeras las cogie-

ron apresuradamente de las manos, porque una había dicho :

— ¡Á casa, á casa, que *paee* que está muerto y vendrá la justicia!

Y se apartaban y le miraban de lejos... y el cuerpo estaba allí rígido, la cara blanca como la cera, los muertos ojos abiertos mirando como espantados al cielo...

— ¡Un guardia! ¡Un guardia! — repitieron varias voces.

Y el guardia venía corriendo por la calle de la Gorguera y la nietecita cogiendo con sus manos delicadas la cabeza del anciano, lloraba ruidosamente, le besaba y repetía mirando á todas las niñas con desesperación y rabia :

— ¡Me le habéis matado! ¡Me le habéis matado!

EUSEBIO BLASCO

Ilustraciones de PEDRERO





Conde de Benalua  
Marqués de Hoyos

Gobernador Civil D. Santiago Liniers  
Duque de Sotomayor

General Espinosa de los Monteros  
Princesa de Asturias  
Reina D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Cristina

Infanta D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Teresa  
Rey D. Alfonso

LA FAMILIA REAL A SU SALIDA DE PALACIO

POR LA PUERTA DEL BUEN SUCESO





## PARIS LA EXPOSICION de 1900

### LA APERTURA

Las gentes todas han convenido en que la exposición no está presentable, en que la novia no está aún compuesta, pero, lo prometido es deuda, y entre personas que se estiman, vale tanto como pagar las deudas, satisfacerlas en el plazo convenido. La Comisaría francesa habría pagado gustosa en moneda de oro, acabada de salir del troquel; no es culpa suya si ha pagado en moneda borrosa, oro, plata y cobre, apelando á todos los recursos del que quiere cumplir y se ve obligado á realizar un esfuerzo imponderable.

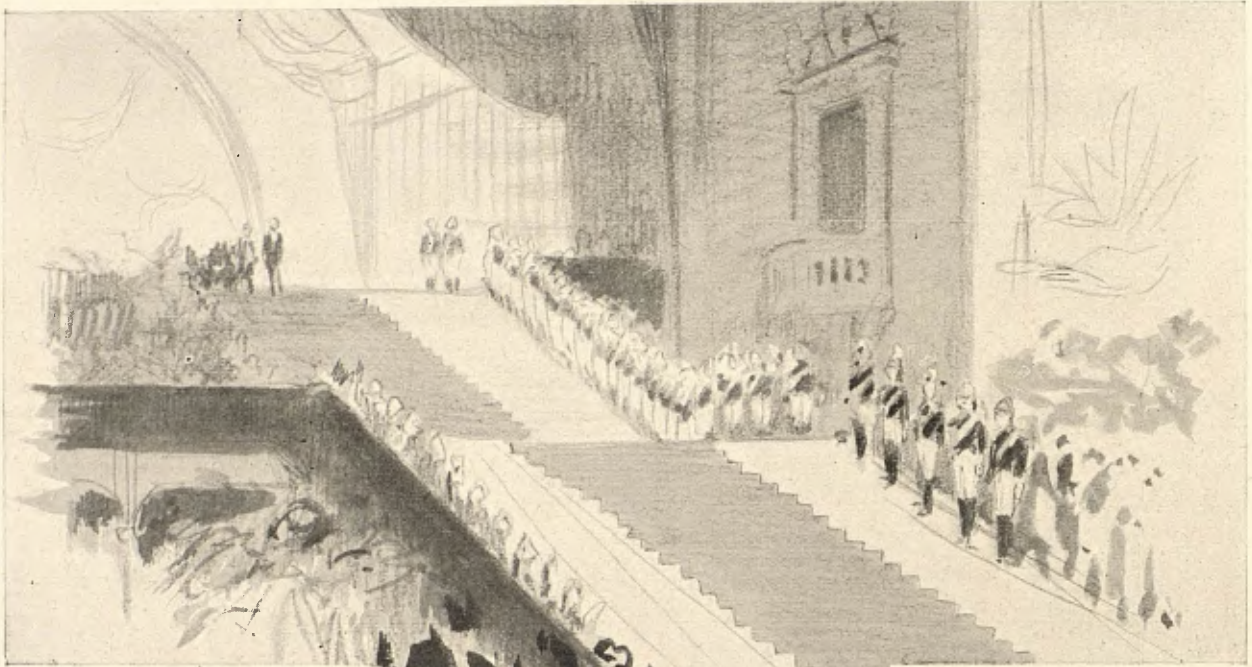
Yo no sé lo que habrá pensado la Comisaría francesa, pero, el gobierno ha sido inexorable; si no hay caminos urbanizados, si los andamios no han caído ni siquiera los de la puerta de la Concordia, llamada monumental con más buen deseo que fortuna; si el polvo lo cubre todo, si las Cancillerías y las comisarías de todas las naciones del mundo han debido cerrar los ojos para no ver que la Exposición no está aun presentable, que los cierren; el gobierno francés prometió á Francia y al extranjero que abriría la Exposición el día 14 de Abril, y ha cumplido su palabra. Y para que nadie pudiera dudar del estado de las cosas, el sol, que durante tantos meses se ha abstenido de visitar el inmenso recinto de la Exposición, sin que pueda decir que el sol que ha brillado aquí el día 14 de Abril sea el sol de España, bien puedo asegurar, sin exageración, que en París, este año, el sol, la primavera y la Exposición se han inaugurado el mismo día.

Suenan las dos de la tarde en los relojes de la ciudad, y la comitiva oficial está ya en su punto: el Presidente de la República, con los Presidentes de las Cámaras, los grandes Cuerpos activos y consultivos de Francia, todo lo que vale y lo que brilla; el mundo diplomático con sus uniformes, sus cruces y sus preseas; la mujer cosmopolita con sus toilettes y gracias seductoras; las inmensas graderías del gran salón de fiestas cuajadas de invitados; en frente de la tribuna del gobierno, de Mr. Loubet con sus ministros, una inmensa gradería, alta, fastuosa, teatral, con guardia escalonada en ella de vistosos uniformes; en la plataforma, gentes de todos los países que se codean, hablan, gesticulan, la torre de Babel, en recinto murado y cuajado de representantes de todas las naciones del mundo; en tribuna lateral, una orquesta admirable, de metal tan bien timbrado, de instrumentos de cuerda tan copiosos, de dirección tan admirable, que ella sola vale toda la apertura de la Exposición, con sus discursos banales, sus aplausos de encargo, y sus vivas que se parecen á otros, ya oídos, y que evocan el recuerdo de instituciones que pasaron, sin dejar más rastro en el mundo que

algunas páginas discutidas de su historia.

Tan lejos estaba de la tribuna en que M. M. Millerand y Loubet leían sus discursos que no oía más que el sonido estridente de oradores que se esfuerzan en ser oídos, tomando su voz entonaciones de placa telefónica, y como no oigo nada, ni me interesa grandemente lo que dicen, porque ya supongo lo que dirán, me entretengo en con-





templar la inmensa sala de fiestas, con su rotonda rebajada, y su cristalería de colores, por donde penetran rayos de sol de tonos grises, que destiñen los adornos de paramentos que se acaban de pintar; todo esbozado, con puntos luminosos que se ven al través del cemento armado que constituye el relleno de las grandes armaduras, y los colosales cuchillos, que representan, ellos solos, los elementos sólidos de resistencia de fábricas levantadas en pocas horas, y que han de tener la vida efímera de una Exposición que tiene sus días contados, y ha de morir el día 5 de Noviembre de este año.

Y al cesar los discursos, y apagarse los vivas, allá en el fondo de los arcos y las bóvedas rebajadas del salón, aquella orquesta dirigida por M. Taffanel, al interpretar el himno á Víctor Hugo, de Saint Saëns, y la Marcha heróica, de Teodoro Dubois, hace correr por mis nervios una sensación tan deliciosa, tan sentida y tan inexplicable, que no hay pluma que pueda traducirla, ni dibujante que pueda copiarla, poniendo término á una fiesta que sin ser lo que yo había soñado, hubo de impresionar á todos con la representación viva de algo que supone un gran esfuerzo, una inmensa aspiración y un hermoso ideal.

La comitiva oficial desfila, yendo de la tribuna presidencial á la gran escalinata de honor; más tarde la alta representación de Francia con su acompañamiento oficial



La entrada al gran Salón de Fiestas en el acto de la inauguración

remonta el Sena en vapor; nuestra bandera saluda á los grandes poderes de esta nación que pasan, desde la torre del homenaje de nuestro pabellón señorial; y también saludamos nosotros, los que aquí tenemos representación oficial, agradecidos á la hospitalidad de este pueblo siempre grande, noble y generoso.

En el pabellón de España pasamos la tarde reunidos, los que formamos la colonia española en París, en este pabellón, ya concluido, que admiraran propios y extraños, y que nos recuerda á todos á la patria ausente.

Por la noche, París aparece iluminado; no como en sus mejores días, no como lo veremos en las próximas fiestas de esta Exposición, pero siempre hermoso como lo estará con mayor motivo cuando alcance todo su desarrollo, lo que hoy es solo un esbozo del esfuerzo colosal de este pueblo, y de

estos hombres, que con su ciencia y su amor al arte, tanto han hecho y conseguido por la civilización del mundo y el progreso de las naciones.

RAFAEL PUIG Y VALLS

Ilustraciones de ANTONIO UTRILLO



# PARÍS Y LA EXPOSICIÓN

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Aunque nacido bajo el cielo de España, soy lo que suele llamarse *un vieux parisien*. Llevo ya muchos años de habitar Montmartre, el monte sacro, en donde ocupo un nido con muy buenas vistas y aires puros... relativamente. Nido que me abstendré de poner á la disposición de ustedes, porque forasteros en casa y en tiempo de Exposición proporcionan muchos inconvenientes. *Il n'en faut pas...* como dice muy bien un mi vecino, hijo de Burdeos, que está continuamente con el alma en un hilo, temiendo á cada punto ver llegar á su apacible morada media docena de deudos más ó menos auténticos y de amigos más ó menos desconocidos, que invaden el pisito, exclamando: ¿Sabes, querido, que venimos aquí á hacerte compañía y á pasar unas semanas contigo?...

Y como entre los numerosos lectores de *Hispania* tengo de seguro algun pariente y algun antiguo camarada, creo preferible no dar mi nombre ni indicar mi domicilio, para evitar tentaciones peligrosas. Peligrosas para mi, se entiende.

Y ahora entremos en materia, para cumplir como mejor Dios me dé á entender el honroso cumplido que el amable Director de esta Revista tuvo á bien confiarme. «Enviémos usted algunas impresiones...» me escribió tiempo atrás. Y como á mí me gusta complacer á los amigos, ahí van impresiones; y perdone el buen Director y perdonen los lectores si salen ellas desbarajustadas y sosas.

Pues señor, inauguróse con pompa y brillantez el Gran Certamen... y nada les diré á ustedes sobre el acto inaugural, porque se que acerca del mismo les ha enviado ya una correspondencia mi distinguido compatriota y amigo D. Rafael Puig y Valls, que tanto por razón de su cargo oficial, como por su reconocida competencia ha de cumplir á maravilla su corresponsalía de *Hispania*. Cuanto á mí, encerrándome en esfera más modesta me concretaré á manifestar que... de la apertura no vi nada. Humilde partícula del montón anónimo, compré mi ticket, metime en el recinto y mientras el Presidente de la República y los Ministros y las comisiones de eso y de lo otro y los representantes de aquello y de lo más allá inauguraban con gran solemnidad y abundosa elocuencia la gigantesca feria de las naciones, yo me paseaba de un lado á otro, admirando singularmente el divertidísimo espectáculo ofrecido por los millares de curiosos que se agolpaban en el inmenso laberinto. Y desearía de todas veras poseer el talento de Zola —

*excusez du peu* — para poder hilvanar un cuadro descriptivo de aquella muchedumbre ávida de curiosidad, recurriendo las innumerables secciones, abiertas á la circulación, admirando las maravillas ya acumuladas y gozando con la esperanza de lo que podrá admirar dentro de breve tiempo. Porque lo cierto que si se ha hecho mucho, falta todavía no poco que hacer. La Exposición, la verdadera Exposición completa y «á punto» ya, en alguna parte, no está en algunas otras más que abocetado.

Pero todo se andará con tiempo y paciencia y actividad y hasta los españoles concluiremos, si no es en Mayo, en Junio, por tener nuestras instalaciones terminadas, sin que falte lo indispensable para desempeñar un papel decentito. En este mundo todo es relativo, y si no se le puede pedir peras al olmo, se hace lo posible y... *velay*. Creo, en suma, que *nous ne marquerous pas trop mal*, segun he podido colegir de algunos datos y antecedentes y muestras.

Por de pronto, ya tenemos un gran elemento para desempeñar, siquiera sea interinamente, un papel superior, dentro de la civilización europea. La *troupe* de gitanos, machos y hembras, de cantaores y bailaores, guitarreros



Aspecto que ofrecía la entrada monumental el día 13 de Abril, 24 horas antes de la inauguración, en cuyo acto apareció completamente terminada





La orquesta en el Salón de Fiestas, en el acto de la inauguración

y otras calamidades flamencas estaba ya en su puesto de honor, desde el primer día, siendo creo yo, la única instalación hispana que no se ha hecho esperar y que no ha andado con retraso. Lo cual demuestra una vez más que en España no hay más que una institución bien organizada y es la del flamenquismo.

Arrastrado por un francés que se parece por ese género nuestro, fuime con él á visitar á la *troupe espagnole*.

— *C'est joll, n'est-ce pas ?* — declame el buen parisien, mirando con ojos encandilados á una chulita no fea, que se descoyuntaba las caderas, bailando una danza intestinal.

Y yo al ver en torno de la muchacha aquellas fachas patibularias de gitanos, aquellos rostros vulgarotes, de expresión entre hurafña y estúpida, de cuyos labios salían extraños berridos, respondí :

— *Oui, tres joll... ça donne envie de les flanquer tous à la Seine.*

Miróme mi compañero, muy asombrado de mi despego ante aquel cacho de patria.

La verdad es que yo que me siento muy español, á pesar de los pesares, me pongo nervioso, al encontrarme en París con ese españolismo abarraganado que debiéramos esconder como se esconde una úlcera, en vez de exhibirlo como una gracia; españolismo que se implantó en la capital francesa hace doce años, cuando la otra Exposición y que hoy apeseta ya y promueve solo una mueca de mal disimulado hastío y desprecio entre los franceses y extranjeros que lo contemplan.

Ayer mismo, en plena *Avenue de l'Opera* pasaban dos de esos

gitanos con su flamenco atavío y sus achulapados andares. *Voilà des espagnols !...* — oí murmurar á mi lado con irónico y desdeñoso acento. Y para que la aparición resultase todavía más cargante, por razón del contraste, á poco trecho de aquel par de tíos, caminaban dos árabes majestuosos, dignos, envueltos en sus amplios y elegantes albornoces blancos, erguida la noble y bronceada cabeza de poblada barba negra. La comparación entre el muestrario hispano y el árabe se imponía y francamente no era el primero quien salía con ventaja.

Y mucho más podría añadir sobre este punto, pero basta por hoy de impresiones.

ALFONSO DE MAR

Ilustraciones de ANTONIO UTRILLO



Vaporcito conduciendo por el Sena al Presidente de la República hacia la Exposición





## Á UN POETA

No desmayes, poeta: pues la diosa  
en la pálida frente te besó,  
á la vida más alta y venturosa  
que viven hombres, desde allí te alzó.

¿ Porqué calla tu voz enamorada,  
que de estos valles maravilla fué ?  
¿ Porqué sin pelear rindes la espada ?...  
Ya pienso que tu mal adiviné.

Tú eres de los que beben la Poesía  
tan cerca de su excelso manantial,  
que son el amor y ella todavía  
una sola corriente y un raudal.

Tú no buscas el lauro de los sabios,  
y demandando vas tu galardón  
á la dulce sonrisa de unos labios  
y al latido leal de un corazón.

Y entristecido y despechado callas,  
porque no encuentra el premio tu cantar;  
porque el latido y la sonrisa no hallas,  
donde amante los íbas á buscar.

¿ Quién no lloró tu mismo desencanto ?  
¿ Quién no llegó á sufrir que la mujer  
por quien en nuestros labios brota el canto  
permanezca insensible á su poder ?

Yo ví alguna tan bella que creyeras  
que era la musa del primer amor;  
con tal lumbré en los ojos que dijeras  
que el cielo la copiaba en su esplendor :

Yo la ví no prenderse en el divino  
fuego del ritmo, y, su fulgor sin ver,  
á la magia del metro peregrino  
con el desdén del vulgo responder.

Tanta hermosa y dulcísima mentira  
conmover sus entrañas no logró :  
*murió de amor la desdichada Elvira*  
y ni Elvira los ojos la nubló !

En vano, en vano, al asomar delante  
de su parque, decía el trovador :  
*No me dejéis pasar, mandad que cante,*  
*que yo sé las querellas del amor.*

Ni un suspiro sus labios entreabría  
al conjuro del ritmo celestial :  
¡ resbalaba sobre ella la Poesía  
cual resbala el granizo en el cristal !

¡ Y qué ! ¿ Por eso tu cantar no suena ?  
De cuantas almas cruzan, oh cantor,  
el ancho bosque que el misterio llena  
¡ á qué pocas halaga el ruiseñor !

Un alma habrá que con la tuya sueñe,  
un labio que te llegue á sonreír;  
un alma á quien la tuya amante enseñe  
lo que jamás el vulgo llega á oír.

Tú la dirás qué cuenta el manso río  
á los caídos sauces al pasar,  
y en las serenas noches del estío,  
lo que cuenta la luna al hondo mar.

No te importe que caiga como en piedra,  
de tu semilla la porción mayor :  
sí un solo grano fecundado medra,  
compensará piadoso al labrador.

Una mujer habrá que tus dolores  
te haga olvidar, y aún bendecir al fin,  
en una sola plática de amores  
tenida en una noche en un jardín.

Vendrá un día de sol que te redima  
de las angustias del pasado mal :  
jamás la casta diosa de la rima  
besó en vano la frente de un mortal.

Enrique MENÉNDEZ





# ENTREACTO

## MONÓLOGO ORIGINAL

La escena representa el cuarto del actor que lo recita. Á la derecha, la mesita tocador repleta de cachivaches, botellitas de colores y frascos de pomadas. Por las sillas ó colgados de sendas perchas, trajes y pelucas de comedias, en la más variada confusión, de épocas distintas.— El actor, al levantarse la cortina, está componiéndose el rostro con los afeites de su tocador; lleva puestos los calzones y una holgada camisa, en disposición de concluir su tocado. Para el traje y para el recitado de la comedia, se supone aquí, que la que se va á representar es **Entre bobos anda el juego**.

### ACTOR

Vamos: lo de todas las noches. Aquel diablillo de María se me ha llevado el carmín.

Bueno: pues no me pondré: soy docil.

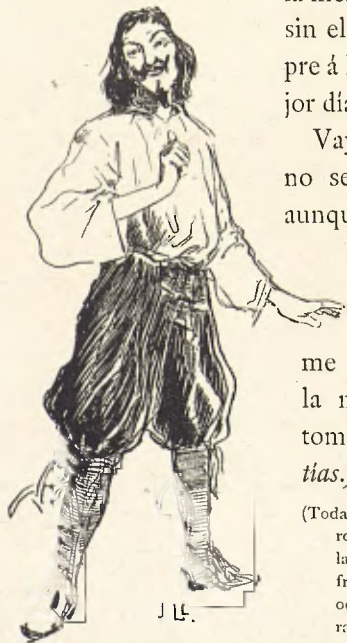
Aunque... no señor. En cuestiones de arte no se puede ser docil, ni con *ella*.

(Llamando) ¡Matías!... (Sale éste). Matías, ¿quién cuida de mi mesa? ó ¿quién cuida de desbaratarme la mesa?... Hoy sin carmín; ayer sin el azul de Polonia. Y siempre á la hora de vestir!... el mejor día me van á dejar en cueros.

Vaya V. y dígame á Carsi que no se acerque á mis barbas, aunque le falte postizo; ó que se deje la suya, si es que le duele el rascarse.

Y, á Donato, que no me quite mis cejas, ó armo la marimorena. ¡Si querrán tomarme el pelo! (Váse Matías.)

(Toda esta primera parte del monólogo debe recitarse distraidamente, hasta que el relato mismo vaya exigiendo el interés franco de la acción. El actor continúa ocupado, concluyendo de arreglarse para la representación de la comedia.)



No es que tenga mal carácter, (*con malestar*) pero hay días en que uno no está de temple, y el corazón, ansioso de respirar con libertad, no logra sacudirse del todo una congoja que le oprime y que le ahoga!

No hay más remedio. Echa á un lado tus pesares, tus impresiones; deja de ser quien eres, para transformarte en quien tienes que ser, porque así, hace siglos, que lo soñó un poeta.

Y mañana, otro distinto, bien distinto en la forma, aunque con lo mismo á cuestras.

Con lo que saca del mundo la fantasía que cuida de desfigurarle, hermoseándolo: eso, sí: disfrazando la realidad, porque si no, ¿quién venía al teatro?

Ponerle, al público, al que paga ¿ponerle delante de los ojos... un espejo? No: eso, no.

Hacerle seguir una fábula ingeniosa, acompañarle á que asista á grandes catástrofes con todo su aparato: á grandes luchas con todos sus horrores, y hacerle sentir las desdichas ajenas, para que las propias le parezcan menores: llevarle donde los personajes puedan quejarse á su sabor, y tras una relación larga y de efecto, hacerle aplaudir, con la fruición infantil del que grita porque tiene miedo, ó del que se alegra porque se esconde.

Se aplauden á si mismos, y ninguno se conoce.

(Riendo.)



¡Filosófico estoy! Si el público me oyera, adios simpatías: adios éxito!

(Pausa prolongada.— El autor que durante la anterior relación se había apartado de su tocador, vuelve á él, y distraídamente empieza á repasar su papel.)

« Era del claro Julio ardiente día :  
» Manzanares al soto presidía,  
» Y en clase que la arena ha fabricado  
» Lecciones de cristal dictaba al prado...

(Deja de recitar en voz alta y hace como si continuara repasando aquellos versos, sin levantar la voz, hasta cuando, como abstraído, dice:)

¡Pobre Luisilla!... En ella sí, que hubo drama :  
drama de veras.

No puedo borrar la impresión de esta tarde.

(Volviendo á recitar.)

« Turbio el cristal estaba,  
» Y cuando más la arena lo enturbiaba,  
» Mejor la ví, que al no ver la corriente,  
» Solo era su deidad lo transparente,  
» No el río, que al gozar tanta hermosura...

(Volviendo á la relación de sus impresiones.)

Esta tarde, al decirme Donato, ¿Sabes, Luisilla...? me asusté. No lo puedo evitar: cuando alguien me dice: ¿sabes, fulano? me asusto sin remedio: porque, ó le han casado ó ha muerto.

Luisilla ha muerto. Hemos ido á verla, después del ensayo de esta tarde.

Hemos subido á aquella casa, demasiado alta para ver el mundo de su tamaño: demasiado baja, para poder prescindir de él, mirando siempre al cielo.

Allí estaba la muertecita, tan quietecita, tan blanca, allí quedaba, como el personaje de la comedia que no aspira al éxito: que no ha logrado la caridad de un aplauso: como la figura que no sirve ni para el contraste, porque se la va á buscar para llevarla á la sombra, donde nadie vea las siluetas de los que se ocultan. Y, ¿á quién pedir responsabilidad? Á nadie: ¡ah! sí: ¡al destino! Es lo más cómodo.

Como si el de Luisilla fuera vivir de lo que conviene decir para ocultar lo que no se quiere que se diga, empezó vendiendo periódicos á cinco céntimos. Luego flores á tanto el mazo, para las señoras, después de regatear: y á tanto la sonrisa y algo de roce que siempre

se pega, para los hombres, que no regateaban, á cambio de que ella misma prendiera la flor en el ojal, y cortara el rabillo con los dientes.

Corrió por todos los teatros, y se la hallaba á faltar, cuando no iba.

La floristilla forma parte del espectáculo, en los intermedios: es el actor que no descansa.

Á veces, muchas veces, venía aquí, aquí mismo, á mi cuarto: me daba flores y luego lo revolvía todo. —¿Para que sirva esta casaca? ¿Cuando se pondrá esa peluca? ¿Me deja que la pruebe?

Y, oye, muñequilla, — la decía yo; — ¿por qué no quieres estudiar para el teatro?

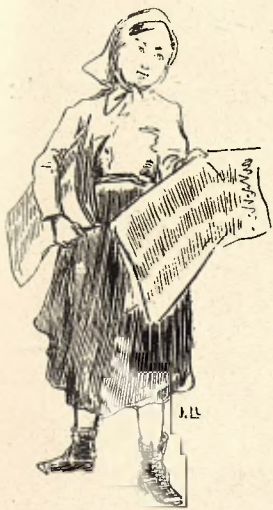
— Me da miedo el público, — decía — hay tanta gente, todos allí, mirando á uno solo. Y luego, el público debe saber tantas cosas, debe tener tanto talento. Los jóvenes hablan de... bueno; usted también debe saberlo. Y los viejos cuentan no se qué de tendencias, de arte por el arte... que sé yo cuantas cosas.

— Calla, tontilla. Esas cosas las inventan los eruditos para lucirse. De algo han de hablar los que leen mucho, para que se sepa que lo han leído. — Esto se lo decía yo: alguna vez se puede decir la verdad, si se habla con chiquillos.

Luego dejó de venir al teatro. Ya no vendía flores. Alternando el frío de la calle, llena de gente, con el frío del hogar alquilado, desierto de cariño, pasó de golpe de niña á mujer, como una flor abierta á viva fuerza, con las manos, antes que el sol dorara las hojas del capullo.

Así iría rodando, ya envuelta en mantón de espumilla ó disfrazada á la última moda, hasta que alguien se cuidase de hacer valer en todo lo que se pudiera sacar, lo que nadie le había enseñado, que no debía vender á ningún precio.

El caprichoso dueño, exigiendo que luciera su dinero, dotóla de sedas que, al rozarse, parecían como si murmuraban reproches, plumas tan movedizas como la oscilante suerte de la niña hecha mujer antes de tiempo, y encajes transparentes como la mal oculta imposición de los autores de la venta.





Al prenderse, allá en su cuarto, aquellos anuncios de la moda, esos reclamos de la envidia en las mujeres y del deseo en los hombres, Luisilla más de una vez había echado de menos sus pobres sayas de percal, aquellas sayitas que ya no servían para ella, porque la senda, una vez pasada, es imposible de borrar.

Cuando llegó al apogeo de la elegancia, saboreó la autoridad de un decreto publicado en cada traje nuevo. Copiáronse sus combinaciones de pliegues y colores, y fué acatada su presencia en todas partes.

El orgulloso dueño llegó á saciarse de su propio cinismo, volviéndose avaro, hizo como si se arrepintiera y dejó de gastar tan largamente la única moneda de que podía disponer: la que acuña el Banco.

Después, ya se sabe. Una vida por páginas alternadas. La miseria del lujo, con una sola esperanza: la de acabar pronto.

(Suena el timbre del escenario. El actor, como reaccionando por grados, va exaltándose en la medida que su talento se lo indique.)

...Y há acabado pronto, la pobre víctima inconsciente, desgastada de prisa por el que, sólo para que se sepa, exige corriendo á la que entrega, sin el derecho de ser correspondida.

Ya nadie volverá á acordarse de la infeliz: ¿para qué? Cuando yo la he visto esta tarde, todavía tenía junto á ella los vehículos de su desdicha; los trajes y las joyas que la habían hecho comprar.

Dentro de algunas horas, ni ésto quedará.

Quedará ella, fría como ha vivido; con su figurita delicada, su cara pálida, tan pálida como la hoja de un lirio abierto por fuerza; con las niñas de los ojos muertecitas, escondiendo aquel orgullo de las víctimas, que sería un supremo reproche para sus verdugos, si éstos supieran leer en el cristal de unos ojos que se van á cerrar para siempre.

... ¡Qué injusticia! Pobrecilla, la vendedora de flores... y de caricias!...

(Entra corriendo Matias, á tiempo que el actor enjuga una lágrima. El criado le da una barrita de carmin, y queda en último término arreglando trajes y objetos del cuarto y á poco se va. El actor toma el carmin y lo tira con descuido sobre el tocador.)

¡ Ya no hace falta !



(Haciendo un esfuerzo, como para sustraerse á sus impresiones tristes.)

Ahora, á la comedia fingida: á la que se aplaude, ó se silba: á la que se paga por entrar...

(Vuelve á sonar el timbre. Se asoma por la puerta del cuarto el traspunte, con unos papeles en la mano, etc., y dirigiéndose al actor, dice de prisa y gritando:)

Señor Mendoza, escena del amor.

(Vase enseguida. — El actor, apresurándose, termina su tocado, mientras recita distraidamente lo que sigue:)

... Del amor. ¡ Ah ! sí.

(Contemplándose el traje.)

Allá voy, hecho un galán castellano; con mi sombrero de volada pluma; mi tudesquillo de raja; mis jubones de alagartos...

(Haciendo como que siente una satisfacción infantil y presumida.)

...y en el cinto el altabaque, con rosetas y lazadas en el puño de la espada.

(Con expresión de amargura y marcada decisión, en ademán de marcharse enseguida.)

¿ Hay anunciado divertimento? Pues á hacer reir.

Es el eterno contraste de la comedia eterna.

El que hace reir, llora por dentro.

El que hace llorar, se ríe de su obra.

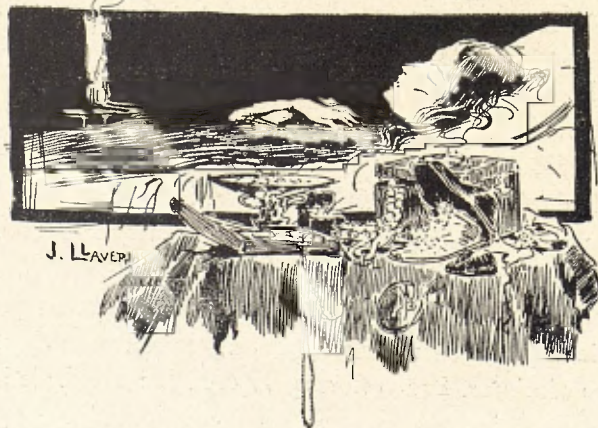
(Pausa. En actitud de profunda preocupación y hablando muy bajo.)

Es la filosofía del mundo.

(Con arranque de voz, y marchándose.)

¡¡ Á la comedia !!

MARCOS JESÚS BERTRÁN







P. A. LAURENS.—VENUS ACOGIDA POR LAS HORAS. (E. F. Fot.)



## UNA EXCURSIÓN á Santo Domingo de la Calzada

SANTO Domingo de la Calzada es una población riojana, llena del acento y ambiente que dominan en la comarca. Alguna calle estrecha alterna en su interior con amplias plazas y despoblados, sus alrededores son alegres, las sierras de Foloño, San Lorenzo y Cameros limitan á lo lejos el valle en que se halla, mientras se estiende libre la mirada del viajero en la dirección de Nájera, Berceo y San Millán que traen á su memoria sepulcros de reyes, cantos de gestas y vetustos monumentos.

El caracter de sus habitantes es una mezcla singular de cualidades contradictorias: tienen el aspecto y el lenguaje rudo y son, en cambio, excepcionalmente hospitalarios y cariñosos en los hechos. Obsérvase en gran parte de la provincia una desproporción notable entre el número de las mujeres y el de los hombres y no ha de estrañarse que la llegada de un regimiento sea allí mirada como una bendición del cielo, favoreciendo los enlaces de pundonorosos militares con damas encantadoras, laboriosas y simpáticas.

Guarda la ciudad arte y tradiciones, digno aquel de ser estudiado é interesantes estas. El Santo titular tenía á medias las virtudes de *San Juan de Ortega* y de su homónimo de *Silos*. Trabajó sin descanso, como el primero, para abrir vías de comunicación al través de los *Montes de Oca* y de tal modo abatieron ambos árboles, trasladaron piedras, construyeron puentes y afirmaron caminos, que bien pudieran enorgullecerse de su noble ascendencia los respetables cuerpos de ingenieros tomándolos por patronos. Se parece al segundo en los prodigios realizados por la sola influencia de su nombre, pero no fundó monasterios.

Á la derecha de la carretera desde *Grañen* á *Sto. Domingo* se ve una cruz de madera llamada *de los valientes*, y ante ella se recuerda otra leyenda de caracter muy diferente. Traían los dos pueblos largo y pesado litigio por la posesión de una dehesa y llegó un momento en que, cansados de inútiles gestiones, acordaron encomendar el término de la contienda á un *Fuicio de Dios*, no mantenido en pró de la sin par hermosura y honestidad de princesas calumniadas, y si para decidir del tranquilo disfrute de beneficios materiales. Eligió cada municipio un jayán robusto dispuesto á ensayar en su contrario la fuerza de los puños, preparole durante



Fragmento del abside de la Colegiata



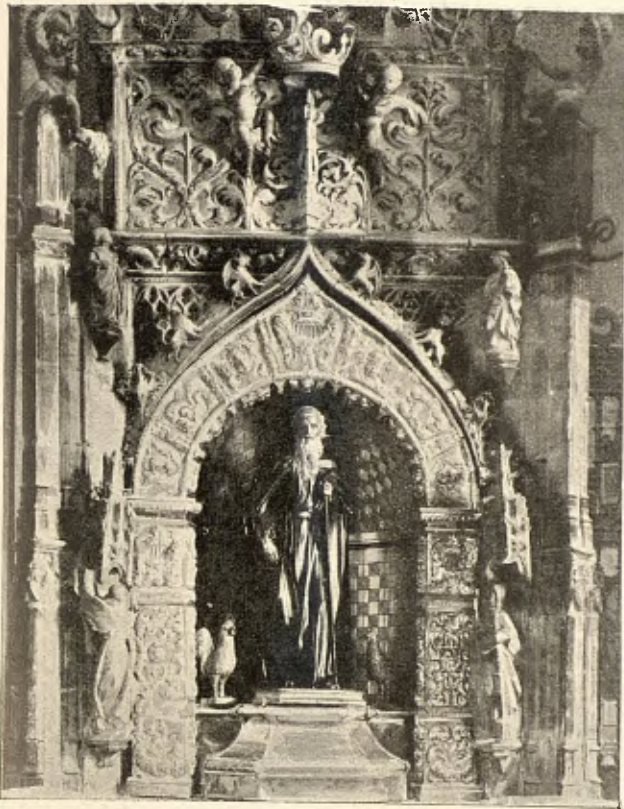
Colegiata de Santo Domingo de la Calzada

algunas semanas con regimen y alimento convenientes, cual si fuera un caballo de carrera, y en el solemne día señalado se lanzaron uno contra otro los dos campeones, quedando vencedor el de *Grañen*, y muerto el de *Sto. Domingo*.

Dentro de la colegiata de la villa y en el brazo del crucero donde está el sepulcro del Santo, se ve sobre una pared un pedazo de leño con un letrero que indica haber servido de palo en una horca, abriéndose en el muro opuesto una tribuna donde tienen su morada una gallina y un gallo que interrumpe á menudo con sus agudos gritos el augusto silencio del templo. Contempla el viajero con lástima los infelices seres privados del aire y la luz tan necesarios á su existencia, estraña la singular costumbre y al pedir aclaraciones á los hijos del país escucha al fin con interés la dramática y sobrenatural tradición en que juegan importante papel las aves y que recuerda el madero.

Corrían los años de un siglo desconocido en que seguían ásperas sendas los peregrinos, ganosos de cumplir sus votos; campaban alegres los ladrones hasta que se les colgaba para alimento de cuervos en alguna encrucijada; existían ya los posaderos que llegaron hasta los tiempos de Cervantes, Quevedo y Enrique Gómez y eran dignos abuelos de los pintados en sus libros; no escaseaban los jueces pesquisidores, escribanos, alguaciles, corchetes y





Santo Domingo de la Calzada.—Sepulchro del Santo

demás gente de curia, siendo peligroso el mundo para las gentes honradas y amplio escenario donde lucir sus habilidades para los discípulos de *Monipodio*, que hoy han cambiado de campo de acción y de costumbres exteriores.

Un pobre hombre, cubierto con la esclavina de conchas y apoyado en el bordón, llegó, por su desgracia, á una venta en busca de alimento y descanso, no contando la historia si le obtuvo por *amor de Dios* ó por el *amor de su dinero*, como decía D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Cometiéndose en el mesón un robo, sospecharon los amos del infeliz viandante, lleváronle ante el juez y éste más inclinado á ordenar castigos que á poner en claro los hechos, dispuso que se le ahorcara inmediatamente, haciendo caso omiso de sus calurosas protestas de inocencia.

Los padres del peregrino volvían de *la calzada*, cuando, al llegar á un recodo, vieron al hijo querido pendiente de una cuerda, lívido, con los ojos vidriosos y á medias entornados, imagen horrible para su vista y motivo de angustia para su corazón. Dirigiéronle, desesperados, la palabra, más por impulso interno del dolor que con esperanza de respuesta, y entonces se reanimó el cadáver por la maravillosa intercesión del santo á quien se había encomendado el ajusticiado en sus últimos momentos, entreabrió los párpados, movió los labios y contó con voz sepulcral lo que le había acontecido.

Corrieron enseguida á casa del juez los atribulados aldeanos, y puede calcularse como los recibiría un personaje que estaba sentado ya á la mesa ante dos aves bien asadas, doraditas y apetitosas. El cruel magistrado se burló despiadadamente de su dolor y les dijo que admitiría la inocencia del delincuente, siempre que la proclama-

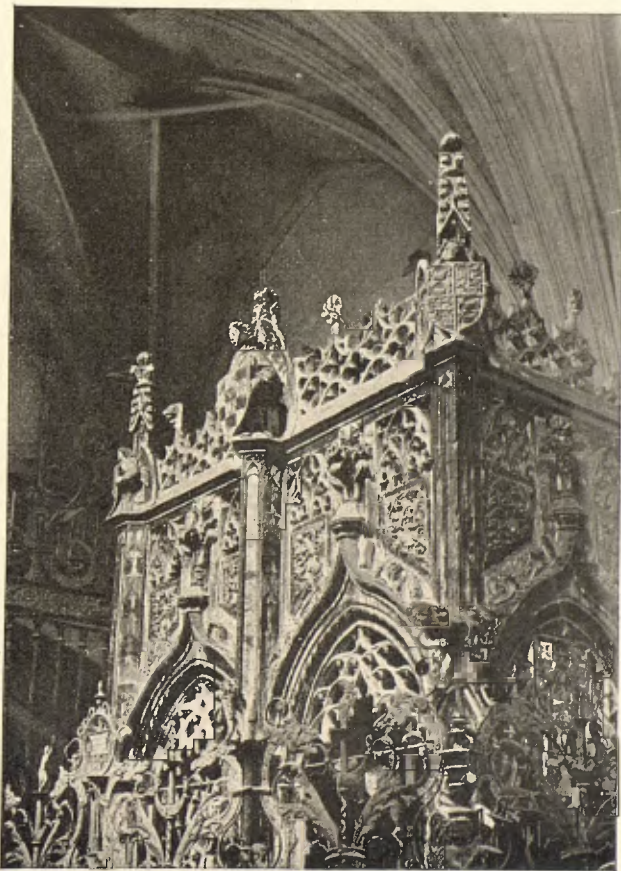
sen aquellos manjares que destinaba á su consumo. Mas no bien pronunció estas palabras cuando hubo de ocurrir una cosa increíble y prodigiosa: las gallinas se pusieron en pie, su cuerpo se cubrió de plumas y, abriendo el pico, censuraron con su voz de seres irracionales la falta de piedad y ligereza del indigno funcionario.

El muerto resucitado volvió á los brazos de sus padres y los bípodos emplumados de nuevo tomaron posesión de la tribuna del templo que han ocupado siempre desde entonces dos individuos de su misma especie, dispuestos á declarar cuanto podían, en tiempos que no hemos conocido las palabras sinceras de los humildes contra las violencias de los magnates.

\* \* \*

La iglesia es espaciosa y domina en ella el estilo ojival. Las bóvedas presentan la crucería del siglo XVI. La nave del trasaltar tiene las líneas románicas lo mismo que una capilla sobre cuyos canecillos exteriores aparecen expresivos mascarones. Á la espalda del presbiterio se ven dos curiosos relieves que parecen trasladados allí desde otro lugar. Abundan en su recinto los enterramientos artísticos y es muy curiosa la tumba de Pedro Suárez de Figueroa, señor de Cuzcurrita y muerto en 1418, porque el bulto de este caballero, armado de todas armas, descansa su cabeza sobre un peto ó un espaldar y no en almohadones ó gavillas de trigo como descansan, según los casos, las demás estatuas yacentes del mismo género que se encuentran en España.

El arco escarzano que da ingreso al claustro ostenta



Capilla de San Juan de Ortega.—Parte superior del sepulchro del Santo

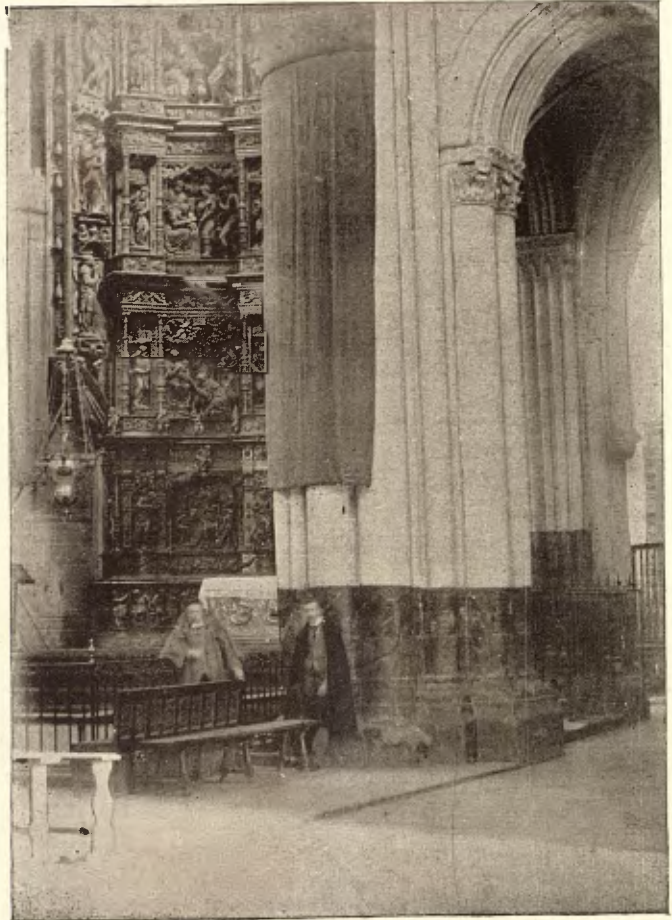


los follajes característicos de la transición del xv al xvi, y, perdidas entre sus ramas, pueden descubrirse representaciones de canes y otros animales, reveladores de algunas licencias artísticas. Sobre el primer muro de las galerías, á la derecha, se dibuja la lápida con curiosos bajos relieves, colocada para guardar las entrañas de Enrique de Trastámara, que murió en esta población el 29 de Mayo de 1379, cuando volvía de avistarse con el rey de Navarra.

El templo de San Francisco posee todavía la estatua de su fundador Fresneda, cambiada de unos á otros lugares por gentes poco piadosas, y en el de las Bernardas dan frente al altar mayor los bultos de tres prelados yacentes sobre un mismo túmulo. Fueron estos en el mundo *Don Pedro Manso de Zúñiga* y dos sobrinos suyos que él *crió*, (así lo reza el epitafio), y *elevó* luego á las más altas dignidades eclesiásticas, según declaran varios documentos. Allí están conservando hasta después de muertos la unión familiar de todos en provecho de cada uno. El singular sarcófago proclama francamente uno de los comunes casos de nepotismo del siglo xvii, que se han corregido y aumentado en los tiempos modernos, extendiéndose á otras órdenes de la vida con daño grande del País y abatimiento fundado del espíritu público.

Próximos á Sto. Domingo existen diferentes pueblos á donde pueden hacerse gratas excursiones. *Ojacastró* pintorescamente emplazado, tiene en su modesta iglesia una efigie de Santa Helena que, más que santa, parece hermosísima y augusta dama. *Escaray* se comunica con el anterior á lo largo de encantadora cañada, abierta por el río *Oja* y es una buena residencia de verano. *Bañares* atrae al viajero con las ruinas de una iglesia románica de transición, y tanto *Baños* como *Villalobar* se enorgullecen con propiedades de la ex-emperatriz Eugenia.

Saliendo temprano de *la Calzada* es fácil visitar en un día *Najera* con el panteón de los reyes navarros renovado en el xvi, la tumba arcaica de la madre de *Sancho el Deseado* y una artística sillería de coro; la patria de *Gonzalo de Berceo*, donde ya no queda aquel *portaleyo* de que habla en sus ingenuas composiciones, y *San Millán de la Cogu-*



Presbiterio de la Colegiata

*lla de Suso* adornado con arcos de herradura misterioso como todo lo que se enlaza á leyendas dramáticas lejanas, perdido en un rincón solitario, donde nada distrae el pensamiento del viajero y todo ayuda á presentarle la imagen de otras edades y lleno de los recuerdos de *los siete infantes de Lara* que pretende guardar en informes sepulcros.

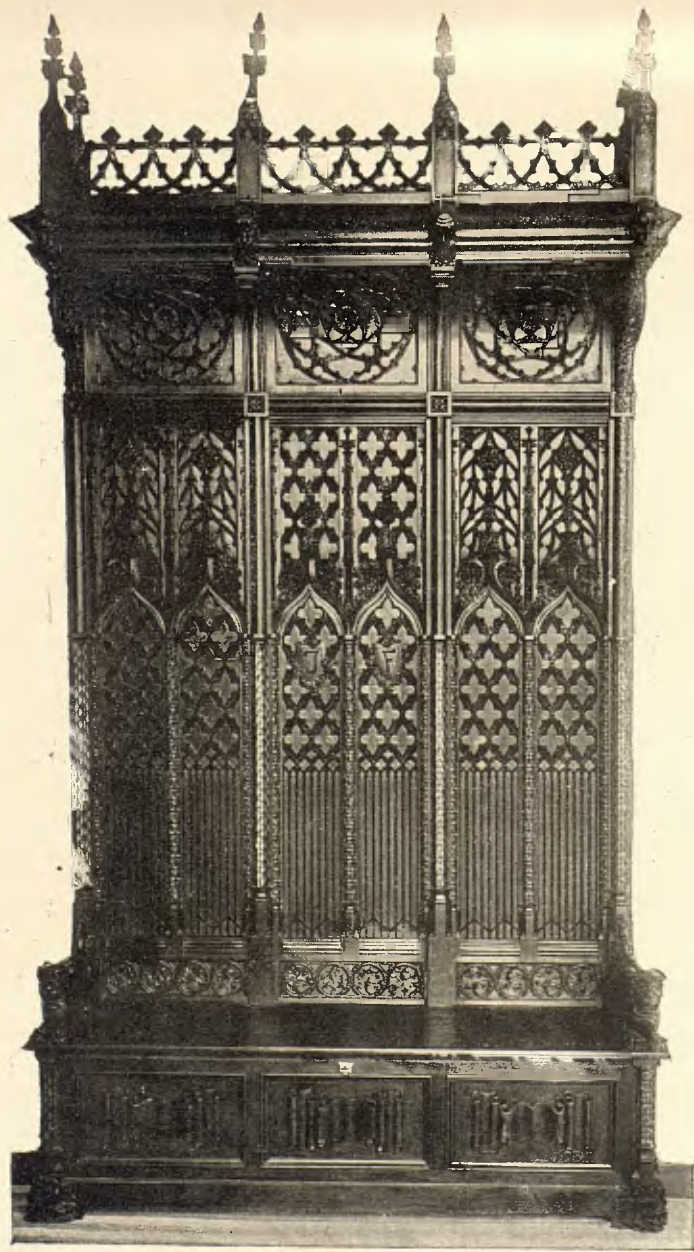
Las cosas y las personas produjeron en mi gratísima impresión, cuando visité hace cuatro años las castizas tierras riojanas.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI

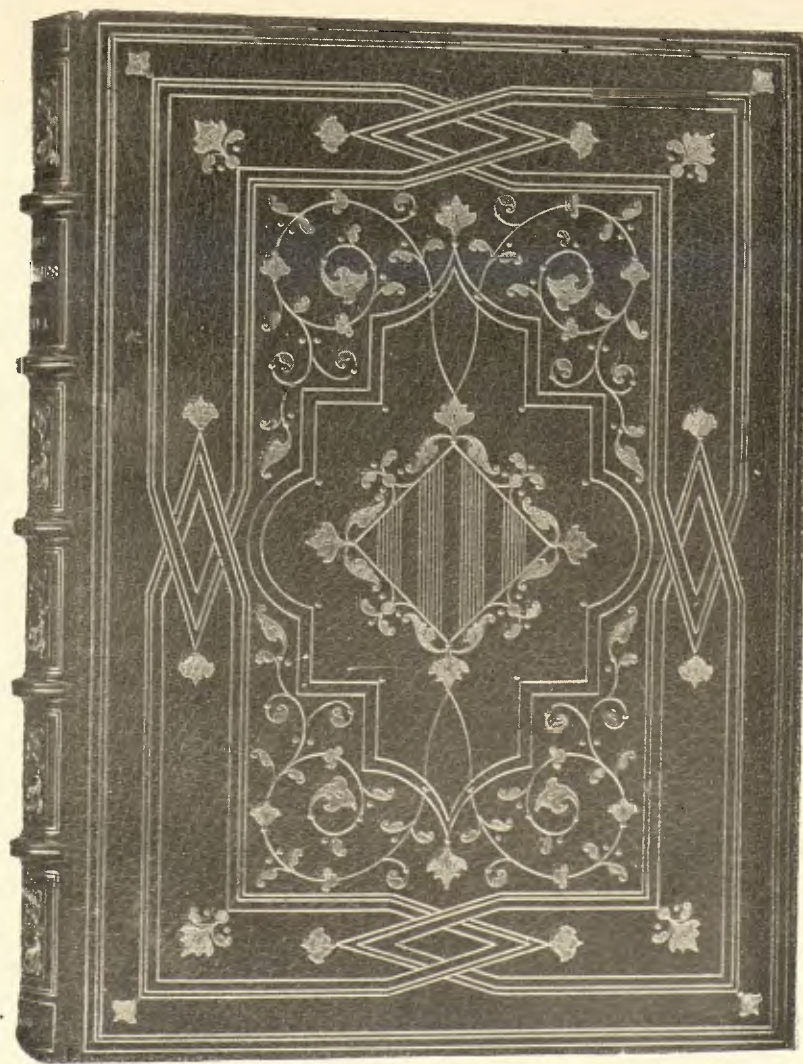


J. MIR.—LAS OLAS MANSAS





Banco de talla, de estilo gótico del siglo xv  
construido en los talleres de Antonio Mas. — Barcelona



El libro catalán *CHRONIQUES D'ESPANYA*, impreso en Barcelona  
por Carles Amorós, el año 1546.  
Encuadernación de la casa de Hermenegildo Miralles, según el estilo  
usado por Grolier, célebre bibliófilo del siglo xvi



# AZULEJOS

CARTON PIEDRA

Patente de invención en España y el Extranjero

Nuevo elemento para la decoración de arriales, ros, frisos, artesones, muebles & c.

Pídase  
el  
Catálogo

No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.



Hermenegildo Miralles  
59 Bailén. Barcelona